

Disney
MOANA 2

LA NOVELA

¡Con páginas
a color!



Planeta
Junior

Disney MOANA 2



LA NOVELA

Adaptada por Elizabeth Rudnick

Planeta
Junior

CAPÍTULO

1



En las profundidades de la jungla, lejos de la costa de Motunui, todo estaba en calma. Los primeros rayos del sol se asomaban entre las copas de los árboles e iluminaban partes del suelo cubierto de lianas. El único sonido, además de las olas del océano que golpeaban la costa suavemente, era el canto ocasional de algún ave.

Hasta que de pronto...

¡ZUUUM!

Moana, maestra navegante, corría por la jungla, con el ceño fruncido por la concentración y jadeando al avanzar. Llevaba su remo en la mano, y estaba huyendo de algo que gruñía muy fuerte.

Moana gritó y derrapó hasta detenerse por completo, justo antes de caer por el borde de un amplio y

profundo barranco. Del otro lado, se alzaba la imponente montaña. Miró detrás de ella. La bestia la estaba alcanzando. Le quedaba una sola alternativa.

Saltó y, durante unos cuantos exasperantes segundos, quedó suspendida sobre el barranco. Luego, con un fuerte golpe sordo, aterrizó en la saliente rocosa del otro lado. Se estabilizó con ayuda de su remo y se detuvo un momento para recobrar el aliento.

Los gruñidos de la bestia se escuchaban más fuertes conforme se acercaba. Más y más...

—¡Pua! —El leal y adorable amigo de Moana apareció al otro lado del barranco. Ella sonrió. El cerdito estaba casi sin aliento, y sus patitas temblaban por el esfuerzo. Miró a Moana. Incluso a esa distancia, se notaba que estaba hartó.

—¡Ya casi llegas! Solo se trata de un pequeño salto. Es fácil —lo alentó. Luego, miró hacia abajo—. Más o menos.

Pua miró hacia abajo. Muy abajo. El fondo rocoso del barranco estaba cubierto de zarzas gruesas y puntiagudas. Alzó la vista y le dirigió a Moana una mirada de incredulidad. Ella sabía exactamente lo que eso significaba: Pua no pensaba dar ni un solo paso más.



A Moana le dolían los dedos y sus piernas estaban acalambradas mientras escalaba la montaña. Pua iba colgado de su espalda, en un pequeño bolso que ella había hecho, y emitía pequeños gruñidos de temor. Moana no podía culparlo. No había nada bajo sus manos y pies más que una escarpada pared de roca que se desmoronaba a intervalos aleatorios.

—Bueno, tú quisiste venir esta vez —dijo Moana mientras estiraba el brazo y se sujetaba del borde de una roca. Entonces, sus dedos sintieron tierra plana y dejó escapar un grito victorioso. ¡Habían llegado a la cima! Después de impulsarse para subir, se encontró cara a cara con...

—¿Heihei? —exclamó Moana al ver al gallo de ojos saltones—. ¿Cómo?

Heihei la miró fijamente con una expresión vacía. Moana sacudió la cabeza y se puso de pie. Estaban en la cima del punto más alto de una pequeña isla desierta, rodeados por el mar color cerúleo que destellaba con los primeros rayos del alba. Por un largo rato, Moana se permitió disfrutar esa sensación de descubrimiento, de estar en un nuevo lugar. Nunca se aburría de eso.

Llevó una mano hacia su collar, de él extrajo una pequeña concha y la colocó en el suelo, como lo había hecho muchas veces en otras islas vacías. Luego tomó

la caracola que cargaba en su cinturón, se la llevó a los labios y sopló.

El sonido resonó sobre las olas del océano y hasta el horizonte. Moana agudizó el oído y esperó con ansias.

—¿Escuchan algo? —les preguntó a sus amigos. Se dio vuelta y vio a Pua con las orejas levantadas y una expresión seria mientras escuchaba.

Moana suspiró y regresó la mirada al agua.

—Tiene que haber otros allá afuera. Otras aldeas, otros pueblos —expresó con determinación—. Y algún día, alguien va a... —Su voz se apagó. A la distancia, escuchó lo que parecía ser la respuesta de otra caracola. Abrió mucho los ojos y su corazón se llenó de esperanza.

Al darse vuelta se dio cuenta de que el sonido provenía de Heihei, que se estaba asfixiando con una concha, al borde de una larga roca en forma de tronco. En el otro extremo de esta, Pua estaba sentado observando al gallo con cara de diversión mientras escupía la concha.

—Nunca cambien —dijo Moana con una sonrisa, a pesar de su decepción. En respuesta, Heihei solo se quedó mirándola. Entonces, la roca sobre la que estaban Pua y él empezó a moverse. ¡Estaban a punto de caer del acantilado!

—¡Oigan! ¡Cuidado! ¡No, no, no! —gritó Moana, y se arrojó para rescatarlos. Apenas tuvo un instante para

percatarse de lo que estaba a punto de ocurrir antes de que ella, Pua y Heihei cayeran por el borde y desaparecieran en las profundidades de la selva.

Aterrizaron con un fuerte sonido sordo. Moana echó un vistazo alrededor y sus ojos castaño cálido se abrieron con sorpresa. En medio de las lianas crecidas, había un pequeño altar, parcialmente oculto por las frondosas hojas de los árboles. Un altar hecho por *humanos*.

¡CLOCLÓ!

Heihei asomó la cabeza desde atrás del altar y le dio un susto a Moana, quien empezó a reírse del bobo gallo. Entonces, notó que tenía algo atorado en la cabeza. Entrecerró los ojos. Parecía ser un pedacito de cerámica.

Moana se acercó y le quitó a Heihei el objeto de la cabeza con gentileza. Mientras lo sostenía, sintió que su corazón se aceleraba de la emoción.

Después de sacudir la delgada capa de polvo que cubría la superficie de la reliquia de cerámica, sus dedos sintieron algo, un relieve o escritura de algún tipo. Acercó el objeto a un rayo de sol para observarlo de cerca. La reliquia tenía una isla tallada, con una constelación sobre ella y un grupo de gente debajo.

Cada vez más emocionada, Moana dejó escapar un grito de alegría. ¡Al fin había encontrado pruebas de que había más pueblos además del suyo!



Tenía que volver a su aldea para mostrarles a todos lo que había hallado. Tal vez su padre podría decirle lo que significaba la constelación y cuál era la isla tallada en el pedazo de cerámica.

—¡Heihei! ¡Torpe y maravilloso gallo! —exclamó.

Riendo, Moana echó a correr hacia la costa. Un segundo después, se detuvo y miró a Pua y Heihei, que seguían parados junto al altar. Se veían confundidos. Bueno, Pua se veía confundido. Heihei se veía igual que siempre.

—¿Qué esperan? —les dijo, agitando el brazo para que la siguieran—. ¡Vamos a casa!